

# EL HUMANISMO EN LA REVOLUCIÓN Y LA CULTURA

JORGE FONS

MÉXICO

**H**ace cuarenta años ya que entraron los rebeldes a La Habana. Fue un primero de enero que irrumpieron esos jóvenes gallardos, embellecidos por la hazaña, y recorrieron jubilosos las calles de todas las Habanas de los corazones latinoamericanos, desmintiendo el papel de eterno perdedor que el perverso y el ventajoso han asignado a nuestros pueblos.

Desde entonces sabemos que tenemos acceso a los grandes sueños y a la certeza de volverlos realidad.

Más que con las balas, más que con geniales estrategias, ese ramillete de barbudos alcanzó el triunfo con la teoría y la *praxis* del amor y la bondad.

Hay un hecho que distingue a este pueblo que apoya con firmeza y pasión a sus dirigentes, y a los dirigentes que viven en un incansable y creativo esfuerzo por el pueblo: el humanismo. La bondad. El saber que lo que el hombre hace tiene sentido y valor sólo cuando se hace para el otro, para los demás.

Eso hicieron los revolucionarios, con su vida y su muerte, por su pueblo; eso ha hecho el pueblo con su sacrificio eterno, por su Revolución.

Hoy, cuarenta años después, cuando vemos todo lo que sucede en este mundo de globalización neoliberal, con su caudal de sufrimiento y dolor, de corrupción e impunidad, en el que el hombre va perdiendo la esperanza, el valor y hasta el deseo de vivir ante el dominio de la bestialidad, más valoramos y celebramos la bondad de los cubanos y la bondad de su Revolución.

Conocemos por las cifras y por la evidencia de los hechos, los logros formidables, monumentales, que han alcanzado los cubanos en estos cuarenta años. Nos asombra y nos conmueve el recuento que hace el Comandante Fidel sobre la educación, la salud, la ciencia y la cultura, y vemos que lo realizado ha sido posible, contra corriente y bloqueo, con mucho esfuerzo, con mucho sacrificio, pero fundamentalmente, con harta bondad e infinito amor. Nosotros mismos pensamos a Cuba con lo mejor de nosotros mismos.

Cuando en nuestros países tenemos que hacer algo o decir algo por Cuba o para Cuba, lo hacemos siendo tan buenos como podemos. Aquí mismo, en esta mesa, todo

lo que escucho, todo lo que veo, es un cúmulo de ideas, pensamientos, recuentos, propuestas y deseos plenos de bondad creativa, de inteligencia bondadosa. Pero ¿es que hay otra inteligencia, otra creatividad, que no esté preñada de lo mejor de los hombres?

En el cine –al que dedico toda mi pasión, a veces para hacerlo, siempre para verlo, para pensarlo, para vivirlo–, ¿cuál es la esencia de las grandes obras y los grandes cineastas, sino el amor, la bondad organizada en estructuras y ecuaciones de vida común, de vida a secas? No hay que pensarlo mucho para saber que no es sino amor y bondad trasmutados lo que guardan y muestran las obras de creación, las obras de arte. ¿Acaso no es amor y bondad lo que rebosan esas historias terribles y dolorosas de don Luis Buñuel, Chaplin, De Sica, Zavattini, Kurosawa, Eisenstein, Glauber, el Indio, Titón, Santiago?, sólo por hablar de algunos de los que ya se fueron. ¿Qué es lo que guardan los miles, millones de imágenes que han creado los cineastas del ICAIC, en particular, y los cineastas latinoamericanos, en general, que no sean realidades y sueños de amor y de bondad?

Y en esta Casa de todos, en esta Casa del Árbol de las Américas, ¿cuántas toneladas de papel, cuántos ríos de tinta han servido para que los escritores plasmen su bondad literaria, su amor al arte?

En esta mesa, entre nosotros, ese entrañable *tzeltal*, que habla *tzotzil*, que escribe en portugués y que vive en Lanzarote, ¿qué nos da en sus letras y sus palabras que no sean ideas amorosas, sueños de bondad?

Y ¿qué es lo que nos cuenta Guayasamín que realizará en la Capilla del Hombre, en su hermosa tierra, sino un enorme acto de amor, un acto bondadoso para que se vean y se reconozcan los hombres de hoy y de mañana?

La Revolución Cubana es el acontecimiento más importante de este siglo, como bien nos dijo Thiago de Mello, ayer mismo.

Y ayer, también, mientras comíamos, yo le decía a Keith Ellis que Fidel era uno de los hombres más grandes de este siglo y él, Keith, para mi alegría, me corregía de inmediato: «No, es el más grande.»

Fidel, siempre Fidel. «Conjuga el pensamiento y la acción», me susurra con emoción Julio García Espinosa. Está pleno de amor y bondad, nos dicen sus palabras y sus actos.

Fidel, como su pueblo, se declara heredero directo de Martí, quien ya desde el siglo pasado nos había mostrado su amor a la patria, a la libertad, a la poesía, a los hombres.

«¡Patria es humanidad!», nos recuerda Cintio Vitier con las palabras de Martí.

Y América toda es nuestra patria, nos regala el Che, fuente de amor, manantial de vida eterna.

Y bien, ya terminé. Como han visto, no dije nada. Espero, sinceramente, que en mis películas exprese mejor lo que pretendo. Intenté decir que la bondad del pueblo cubano y de su Revolución es, además de una virtud, la almendra de todo hecho cultural.